



CENTRO de ESTUDIOS
LATINOAMERICANOS

El populismo latinoamericano: Una vieja historia

Mario González – Julio 2006

Mientras que la década de los noventa significó, para la mayoría de los países latinoamericanos, un período marcado por la aplicación de políticas de corte neoliberal, parece que el umbral del siglo XXI está siendo caracterizado por la creciente identificación de la región latinoamericana con las corrientes populistas. Esta caracterización de la escena política en América Latina tiene sus orígenes a finales de los años noventa con la ola de triunfos electorales de líderes de formaciones de izquierda como los de Hugo Chávez en Venezuela o Luis Inácio Lula da Silva en Brasil.

El año en curso se está destacando por ser el principal testigo de la consolidación de este eje político-económico bautizado recientemente como la “nueva izquierda latinoamericana” en la que, líderes como Evo Morales, emergen como referentes públicos de una compleja realidad social a través de movimientos que hacen recordar las experiencias ya vividas por el continente hace más de 30 años. Con las recientes elecciones en México, ya son 5 los países de esta región que han celebrado sus correspondientes elecciones presidenciales en lo que va del año y cuyos resultados corroboran la clara tendencia y la aparente aprobación general de propuestas de corte populista. Hace poco más de 15 años, al inicio de la década de los noventa, el panorama era muy diferente: la clara tendencia de los gobiernos a aplicar políticas económicas de corte neoliberal se advertía entre los países de la región.

Hoy en día, el mapa político latinoamericano muestra un movimiento político y social que está tomando fuerza y extendiéndose rápidamente entre sus principales economías poniendo de manifiesto el carácter perdurable de una ideología cuya influencia se consideraba extinta en esta región. Una de las principales explicaciones del éxito que ha alcanzado esta corriente es el descontento generalizado hacia las políticas y reformas económicas propuestas por el modelo neoliberal y apadrinadas por el llamado Consenso de Washington. Sin embargo, este no es el único denominador común entre las formaciones que integran este nuevo bloque. Aunado a lo anterior, se puede apreciar una preocupación por controlar la explotación de los recursos naturales del país y una clara inclinación hacia políticas orientadas a paliar la desigualdad y la injusticia social entre sus habitantes. Es por esto último que, en la actualidad, la diferencia entre un sistema político conservador y uno de

izquierda se percibe en el énfasis que pone cada uno de ellos en atender a la población más pobre y fomentar la equidad.



Fuente: Elaboración propia a partir de BBC Mundo

Dadas las diversas soluciones en materia de política económica que los distintos regímenes suelen ofrecer, se hace necesario un cuidadoso análisis de las repercusiones económicas que, en el pasado, han tenido este tipo de propuestas en América Latina para tener presente los riesgos que los excesos de este nuevo giro político pueden tener sobre el desarrollo de la región. Desde el punto de vista de la aplicación de política económica, Dornbusch y Edwards¹ definen al populismo como un enfoque económico que enfatiza las tareas de redistribución de la renta y el crecimiento y resta importancia a los riesgos de inflación, déficit público, restricciones externas y la reacción de los agentes económicos a políticas agresivas de no mercado.

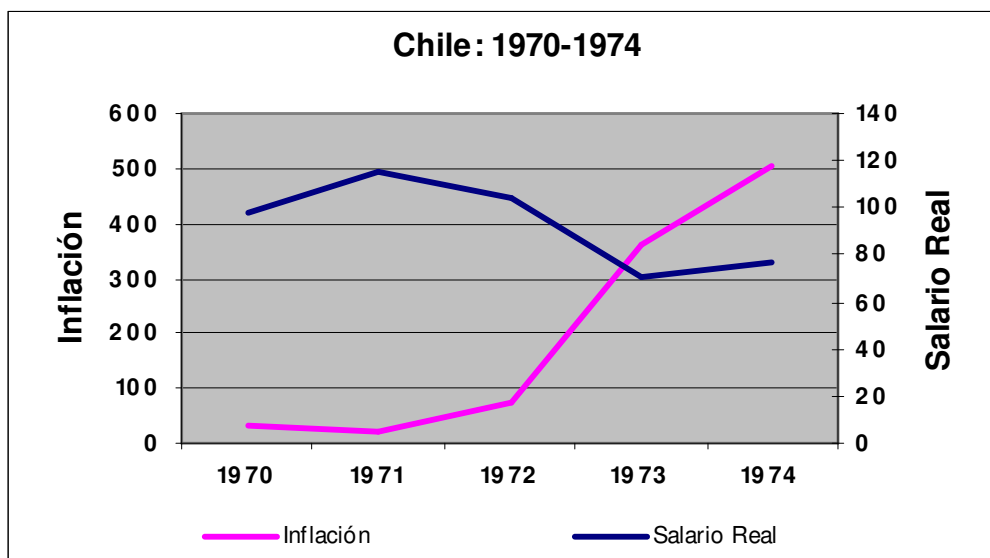
Como ejemplos de la anterior definición, podemos encontrar experiencias en el pasado como la de Chile durante el período 1970-1973 con Salvador Allende como presidente o la del Perú de Alan García durante la segunda mitad de los años ochenta, siendo este último el mismo que acaba de obtener una "segunda oportunidad" de sus compatriotas en las recientes elecciones celebradas en junio en el país andino.

Durante septiembre de 1970, Salvador Allende fue elegido presidente de Chile siendo candidato de Unidad Popular (UP) tras unas elecciones muy reñidas. La UP era una coalición formada por partidos de izquierda y de centro-

¹ Dornbusch, R. and Sebastián E. "The Macroeconomics of Populism in Latin America", University of Chicago Press. Chicago. 1991.

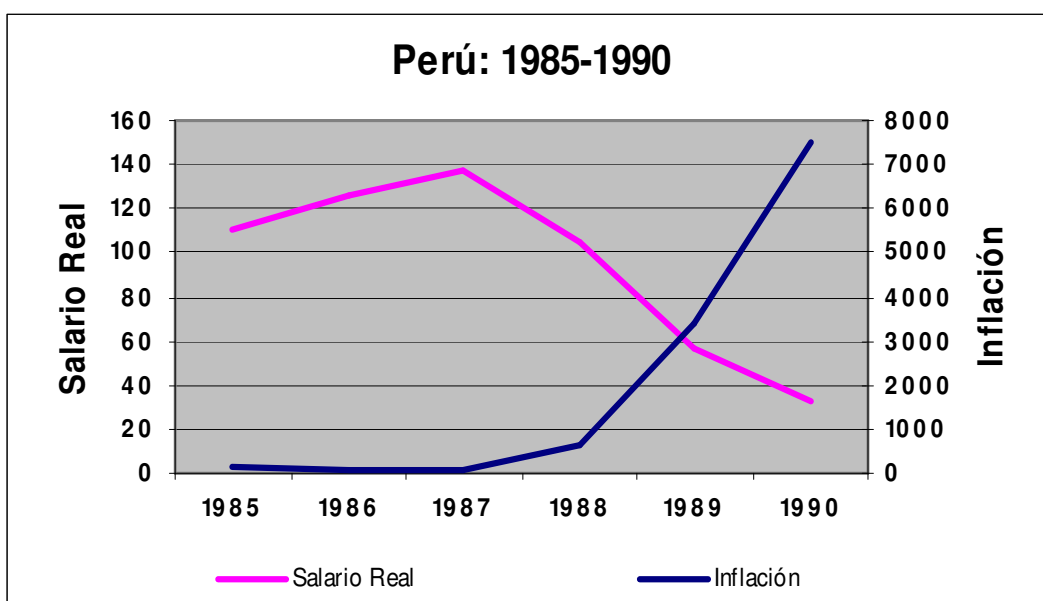
izquierda. Desde su elección, el gobierno de Salvador Allende se atribuyó incondicionalmente la urgente necesidad de alcanzar una recuperación rápida y acelerada, así como la de extender con la misma rapidez los beneficios económicos a la extensa población trabajadora del país. Para ello, el programa establecido por la coalición de Unidad Popular incluía profundas reformas económicas e institucionales, incluyendo el reemplazo de su bicameral congreso por un único cuerpo legislativo al que se llamó la “Asamblea de la Gente” –estrategia similar a la actual “Asamblea Constituyente” de Evo Morales– y la nacionalización de la industria minera, la banca y el campo. A corto plazo se determinó que, para alcanzar las metas económicas que se habían planteado, se hacía necesaria la implantación de una política macroeconómica que incrementara la demanda agregada, principalmente a través de un mayor gasto público, acompañada de medidas sociales y administrativas orientadas a la redistribución de la renta y a los controles sobre precios.

Los resultados no pudieron ser más discordantes con el objetivo originalmente planteado por el gobierno de la coalición. Como muestra el gráfico que se presenta a continuación, se distingue una leve recuperación en el nivel del salario real durante 1971, producto del súbito aumento en los sueldos y salarios del sector público durante el primer año de Salvador Allende. A partir de ahí, el rápido crecimiento de los precios comenzó a reflejarse en casi todos los sectores productivos y se hicieron evidentes a finales de 1971, llegando a acumular una inflación de 120% durante 1973. Esto último se manifiesta en la dramática pérdida de poder adquisitivo de los salarios iniciada durante el segundo año de gobierno.



Fuente: Elaboración propia a partir de datos suministrados por el Banco Mundial

La experiencia de Perú durante la presidencia de Alan García entre 1985 y 1990 no dista mucho de la vivida por Chile durante los años setenta. A nivel nacional, el mensaje que encajó García en las conciencias de sus compatriotas fue muy claro: mayor crecimiento y redistribución de la riqueza (“Crecimiento con Redistribución”). Hoy en día sabemos que esa política sólo se sostuvo un par de años para estrellarse poco después de una manera catastrófica. Básicamente, el plan económico implicaba una expansión de la demanda agregada vía aumentos en salarios y un alivio financiero al sector empresarial a través de la reducción en los costes financieros e impuestos indirectos. En un principio, el programa mostró resultados: la inflación se redujo significativamente, el número de empleos aumentó y se registró un aumento sustancial en el salario real.



Fuente: Elaboración propia a partir de datos suministrados por el Banco Mundial

Sin embargo, la situación comenzó a cambiar en julio de 1987 como respuesta al intento de nacionalizar el sistema bancario. La principal motivación para llevar a cabo esta estrategia fue la de obtener un mayor control del ahorro nacional para la posterior colocación de créditos entre los sectores claves del programa económico. A continuación se presentaron fuertes restricciones externas acompañadas con salidas masivas de capitales lo que radicalmente se convirtió en un impedimento para la continuidad de las políticas expansionistas que posteriormente deterioró en una aguda crisis externa y una acusada inflación. Finalmente, los aumentos generales de precios se aceleraron rápidamente como consecuencia de un fallido intento por imponer mayores controles en precios y de un incremento masivo en el déficit público. Como muestra el gráfico de arriba, para 1990, la tasa de inflación era de casi 7.500% mientras que el poder adquisitivo del salario real se había desplomado casi un 75%.

Experiencias con características muy similares a las anteriores las podemos encontrar en México para el período de 1970-1982 o en Argentina entre 1973 y 1976. En ellas, como en otros casos, se puede apreciar que al final de cada experimento populista los niveles de salario real son menores que al inicio del mismo, la inflación parece seguir una ruta galopante hacia niveles cada vez más altos y la inversión extranjera encuentra rápidamente su billete de salida. Todo esto, dañando gravemente cualquiera de los planes económicos a futuro que las familias de clase media y baja pudieran llegar a tener. En otras palabras, los resultados parecen estar llenos de contradicciones: parten de una filosofía igualitaria que pretende ayudar a los más desprotegidos y terminan creando nuevas élites y deteriorando significativamente los niveles económicos de aquellos a los que prometieron mejorar. No podemos aventurarnos a asegurar que éste será el futuro de esta nueva tendencia que parece estar consolidándose en Latinoamérica, pero sí debemos aprender de los errores del pasado para no volver a cometerlos.

No obstante, se pueden distinguir ciertas diferencias muy claras entre los integrantes de este nuevo bloque. Es posible apreciar, como apunta Jorge Castañeda², la existencia de dos tipos diferentes de izquierda. Una es estridentemente nacionalista, nacida de la gran tradición populista de la región, y de mente cerrada y radical. La otra es moderna, de mente abierta, reformista y consciente de las interdependencias económicas internacionales. Es precisamente ésta última la que es consciente de los errores cometidos en el pasado y ha evolucionado conforme a ellos. Se pueden detectar signos de este tipo de izquierda más moderada en los actuales gobiernos de Brasil y Chile, el tipo de izquierda que Latinoamérica necesita: una que evolucione a posiciones moderadas ante la imposibilidad de otras soluciones radicales en un mundo tan globalizado e interdependiente.

En la actualidad, la renta per cápita de América Latina equivale al 30% de la renta per cápita del mundo desarrollado. Esto significa que aún si el continente consigue duplicar su ritmo actual de crecimiento, la región necesitaría aproximadamente 70 años para alcanzar los niveles de desarrollo de Estados Unidos³. Esto significa que aproximadamente dos generaciones de hispanoamericanos han perdido la oportunidad de mejorar sus niveles de vida. Si sumamos a lo anterior un análisis de la evolución que han tenido los niveles de desigualdad para cada una de las principales economías de Latinoamérica, es fácil darse cuenta del reto tan grande que afrontan los líderes de estos

² Castañeda, Jorge G. "Latin America's Left Turn", *Foreign Affairs*. Mayo/Junio 2006.

³ Prados de la Escosura, L. "Growth and Poverty in Latin America: A Historical View" *Economics History and Institutions Working Papers*, Universidad Carlos III Madrid, Junio 2005.

países. Como muestra el cuadro que se presenta a continuación, casi el 70% de ellos ha visto agravados sus problemas de desigualdad y pobreza.

	Coefficiente de Gini⁴	
	1990	2004
Argentina	47.7	52.8
Bolivia	54.5	60.2
Brasil	57.3	57.0
Chile	54.7	53.0
Colombia	50.3	58.8
Ecuador	51.2	57.3
México	53.1	49.7
Perú	46.4	54.7
Venezuela	45.9	51.0

Fuente: Elaboración propia a partir de datos suministrados por el Banco Mundial

Este bloque se enfrenta a la necesidad de un proyecto político propio que no se reduzca simplemente a oponerse radicalmente a las políticas liberales de mercado. Se precisa la construcción de unos partidos que estén a la altura de la calidad política del momento, con funcionamiento e ideología que se ajusten a criterios verdaderamente democráticos. En otras palabras, es indispensable no perder de vista que se necesita mucha sensatez y pragmatismo.

Desafortunadamente, desde hace ya mucho tiempo, la ciencia económica se ha visto rodeada de dogmas y etiquetas políticas que han hecho posible la proliferación de corrientes radicalmente opuestas en términos de las recetas económicas que las naciones necesitan para crear riqueza y mejorar los niveles de vida de sus habitantes. Sin embargo, no debemos olvidar que las lecciones que podemos aprender del análisis económico son muy sencillas y nos enseñan que no se puede asegurar pleno empleo a largo plazo sin tomar en cuenta la productividad, que una economía no puede endeudarse más allá de lo económicamente sostenible y que un buen nivel de desarrollo es aquel que busca el bienestar para hoy sin perder de vista las necesidades del mañana.

⁴ El índice de Gini es una medida de la distribución de la renta de una economía que fluctúa entre 0 y 100. Valores cercanos a cero, corresponden a una distribución equitativa mientras que valores cercanos a 100 corresponden a una distribución extremadamente desigual.